

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 19 DE DICIEMBRE DE 1921

Nº 17

MOTIVOS DE LA CIUDAD

Por ALBERTO GERCHUNOFF

TESORO DE LOS HUMILDES

QUIEN ha visto ayer tarde aglomeradas las nubes en el horizonte, ha tenido una impresión curiosa de arte y de belleza. Eran nubes magníficamente blancas que la luz del día, claro y alegre, tornasolaba en su transparencia. Formaban algo así como una ciudad fantástica, de arquitectura grandiosa y deforme, de cuyo conjunto emergían, bañados de lumbre suave, arcos y cúpulas.

¿Quién ha labrado, allá, en lo alto, ese caserío dispuesto en orden suntuoso?

Los magos del aire—viento y sol—trabajaron en sus montañas efímeras y en sus laderas sutiles, socavaron barrios irreales, que alucinan con su albo reflejo la ruta de los viajeros, sobre la desolada superficie del mar.

De tal modo se encantó la tarde de ayer, de tal manera se vistió de diafanidad, poniendo en los ojos un vasto deslumbramiento y un goce pacífico, un júbilo quieto, benigno, en el espíritu de aquellos que tienen en la nube vagabunda, en el errante pájaro, en la melodía gorjeada sobre una rama, un espectáculo de maravillas.

Gran espectáculo el de la naturaleza. Los humildes de corazón disfrutan ese privilegio de Dios, sin necesidad de otra ceremonia que la propia disposición, puesto que los espectadores de tal teatro, van con el alma exhibida, es decir, de gala. ¿Qué se necesita para gozar de la visión del cielo? ¿Qué se necesita para percibir el canto del hilo de agua, oído en la fuente canora de la breña? El canto se renueva perpetuamente en el espíritu como se renueva la nube y el nido. Es el tesoro de los pobres que usufructúan con avara voluptuosidad el panorama infinitamente distinto e idéntico. ¡Es tan sencillo! Se abre la ventana, se olvida el libro en un ángulo de la mesa y se encierra uno en su silencio como en una torre, y así se contempla el tesoro milagroso, el milagroso tesoro de los humildes...

INMORTALIDAD

CUANDO un gran poeta llega a vivir en la memoria de las gentes y a ser

recitado al par de los rimadores mediocres, es desde luego un genio. El crítico, que es un espíritu estéril y orgulloso, confía sólo en el gusto de los refinados, que representa con su amaneramiento propio y con su gélida sabiduría. Estima a un autor si éste consigue el aplauso de la flaca y exigente minoría y es repudiado por el público múltiple. Así mide el crítico los méritos de la obra de arte. Nosotros pensamos de otro modo. Creemos que si un poeta, poseedor, realmente, de fuerzas creadoras llega a gustar como si fuera un mal poeta, es, en efecto, inmortal. Hay un medio para comprobarlo. Las mujeres sancionan a los poetas; el recitado popular los consagra. Ello se explica. Los grandes poetas son de comprensión universal, inocentes de su obra magnífica; son como niños, que juegan con su tesoro sin darse cuenta cabal de su valor. Encierran el infinito, aprisionan la vasta totalidad de las cosas en el verso cuya interpretación varía al

pasar por la superficie de cada alma, reflejando su obscura profundidad. El poeta débil y trillado dice una ínfima partícula; el gran poeta contiene lo conocido y lo desconocido. Es la chispa casi invisible y la mina toda de piedras preciosas. El gran poeta gusta al pueblo y gustó al refinado. El poeta vulgar sólo gusta al pueblo. Y bien: ¿no es curioso averiguar qué poetas, estimados por las «élites» empiezan a penetrar en el corazón de la multitud? El domingo es un día indicado para tareas tan exquisitas. Es un examen simple. La gente popular se distrae en representaciones de aficionados y ameniza los matines de bailes con entreactos poéticos. El cronista ha dedicado su tarde de ayer para investigar el problema y ha llegado a este resultado: Calderón de la Barca y Rubén Darío son los más difundidos. Monólogos de «La vida es sueño» y la «Sonatina» de Rubén andan haciendo pareja con trozos de «La flor de un día» y «La pasionaria». Rubén se codea en la admiración pública con lo más suburbano de la literatura y con lo más grande de la poesía española. Rubén ha logrado la inmortalidad.

(Babel. Buenos Aires).

La impresión ingenua

Por JOSÉ SILVANO

Las leyes para el museo o la exportación.

EN próxima oportunidad, uno de los Secretarios del Ejecutivo, refiriéndose a una cuestión de su competencia, dió esta leccioncilla gratis de Historia y de Derecho Constitucional: «Los pueblos pueden dividirse en tres categorías: los que tienen leyes y las cumplen, son los pueblos adelantados; los que las tienen y no las cumplen, son los pueblos imbéciles; y los que no las cumplen y no las tienen, son los salvajes. México debe figurar en la primera categoría y estamos resueltos a que figure en ella».

Extendiendo una mirada por toda la civilización de las repúblicas hispano-americanas, estudiando la fase actual de su evolución, podemos convencernos de que en estos países impera la segunda categoría establecida por el sabio publicista citado por

el Secretario a que aludimos. (Publicista: palabra que significa escritor sobre Derecho Constitucional Público o privado. Entendido, señores colegas!)

No podemos negar que el calificativo de imbéciles, aplicado a nuestras jóvenes repúblicas, es un poco chocante; pero la lógica de esas categorías establecidas nos impide mayor blandura. En nuestros pueblos se nota el afán de legislar, por una parte, y por la otra, el de burlar la ley. En tanto que los cuerpos legislativos, casi siempre desviados de sus verdaderas funciones económicas y censoras, se lanzan por las vías de la más extravagante imitación extranjera, los miembros de los otros poderes y hasta los ciudadanos particulares no afrontan la ley sino con el designio de la excepción, buscando siempre, por vicio congénito, la manera de esquivar su cumplimiento.